**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: Una Vida sin Preocupaciones**

***8. El temor a la violencia***

**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: Una Vida sin Preocupaciones**

***8. El temor a la violencia***

*No temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no puede matar.* Mateo 10:28

**Introducción**

Contrario a lo que esperaríamos, la gente buena no está exenta de sufrir violencia. Los violadores no escogen a sus víctimas de acuerdo con su vida espiritual. Los sedientos de sangre son malvados y no dejan de lado a los que van camino al cielo. No estamos exentos. Pero tampoco estamos intimidados. Al respecto, Jesús nos dice: «No temáis a los que matan al cuerpo, mas el alma no pueden matar» (Mateo 10:28).

**Bajo el cuidado de Dios**

Los discípulos necesitaban esta afirmación. Jesús les acababa de decir que esperaran azotes, juicios, muerte, odio y persecución:

“17 Y guardaos de los hombres, porque os entregarán a los concilios, y en sus sinagogas os azotarán; 18 y aun ante gobernadores y reyes seréis llevados por causa de mí, para testimonio a ellos y a los gentiles. 19 Mas cuando os entreguen, no os preocupéis por cómo o qué hablaréis; porque en aquella hora os será dado lo que habéis de hablar. 20 Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros. 21 El hermano entregará a la muerte al hermano, y el padre al hijo; y los hijos se levantarán contra los padres, y los harán morir. 22 Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; mas el que persevere hasta el fin, este será salvo. 23 Cuando os persigan en esta ciudad, huid a la otra; porque de cierto os digo, que no acabaréis de recorrer todas las ciudades de Israel, antes que venga el Hijo del Hombre.” Mateo 10:17-23.

No fue la clase de charla alentadora que da un coach a su equipo. Para mérito de ellos, ninguno desertó. Tal vez porque habían presenciado el poder y la autoridad del Señor. Jesús recién había llevado a sus discípulos a «la otra orilla, a la tierra de los gadarenos, [donde] vinieron a su encuentro dos endemoniados que salían de los sepulcros, feroces en gran manera, tanto que nadie podía pasar por aquel camino. Y clamaron diciendo: ¿Qué tienes contra nosotros Jesús, Hijo de Dios? ¿Has venido acá para atormentarnos antes de tiempo?» (Mateo 8:28-29).

Las reacciones más inmediatas y dramáticas a la presencia de Dios en la tierra provienen de demonios como esos: los numerosos, invisibles, malvados demonios de Satanás. Estos dos hombres estaban poseídos de demonios, y por lo tanto eran extremadamente violentos. La gente daba grandes rodeos alrededor del cementerio para evitarlos.

No así Jesús. Él marchó como si fuera el dueño del lugar. Los asombrados demonios no esperaban verlo en territorio del diablo, en el costado del mar de Galilea que le correspondía a los extranjeros, la región de los paganos y los cerdos. Los judíos evitaban tales lugares. Jesús no.

Los demonios y Jesús no necesitaron ser presentados. Ya habían luchado en otros lugares, y a los demonios no les interesaba otra confrontación. Ni siquiera intentaron pelear. «¿Has venido acá para atormentarnos antes de tiempo?» (Mateo 8:29). Daban marcha atrás. Tartamudeaban. Su petición fue que se les permitiera escapar: «Permítenos ir a aquel hato de cerdos» (Mateo 8:31).

Y Jesús lo hizo. «Id», y les sacó los demonios a los hombres. No dio voces, ni gritó, no hubo encantamientos, danzas, incienso ni demandas. Solo una pequeña palabra. La lucha entre el bien y el mal duró unos pocos segundos. Cristo es fuego y los demonios son ratas en la embarcación. Se lanzaron por la borda cuando apenas empezaron a sentir el calor.

Es en esas circunstancias en las cuales Jesús nos dice «No temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar» (Mateo 10:28). Tu vida está bajo el cuidado de Dios. «¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? … Ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro» (Romanos 8:35, 39).

**El sufrimiento del Señor**

Cuerdas. Azotes. Espinas. Clavos. Estos marcan los momentos finales del Señor. Treinta y nueve veces golpeó el látigo su espalda. Jesús se afirma en el poste y gime, sufriendo ola tras ola de violencia. Los soldados le ponen una corona de espinas en la cabeza, hieren su rostro con golpes y le escupen. Colocan la cruz sobre sus hombros, y lo obligan a marchar colina arriba. Jesús cargó la herramienta con la cual lo iban a ejecutar. La cruz.

Cicerón se refirió a la crucifixión como «el castigo más cruel y terrible». En la fina sociedad romana, la palabra *cruz* era un término obsceno. Los soldados romanos estaban exentos de ser crucificados excepto por asuntos de traición. Era horroroso y vil, duro y degradante. Y fue la forma en la cual Jesús escogió morir. «Y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Filipenses 2:8).

Una muerte menos violenta hubiera sido suficiente. Una sola gota de sangre habría redimido a la humanidad. Podía haber derramado la sangre, dejado de respirar, quedar sin pulso, pero hacerlo todo con rapidez. La paga del pecado no demandaba seis horas de violencia.

Pero, sí su triunfo sobre la crueldad y el sadismo. De una vez por todas, Jesús desplegó su autoridad sobre el salvajismo. El mal puede mostrar su cabeza de vez en cuando, pero será por un corto tiempo. Satanás soltó sus demonios más malvados en el Hijo de Dios. Satanás torturó cada terminación nerviosa y lo atacó con el mayor sufrimiento. Sin embargo, el amo de la muerte no pudo destrozar al Señor de la vida. Lo mejor del cielo tomó lo peor del infierno y lo convirtió en esperanza.

Mi oración es que Dios te libre de tal mal. Quiera Él concederte una larga vida y una muerte pacífica. Pero si no es así, si te «es concedido a causa de Cristo, no sólo que [creas] en él, sino que también [padezcas] por él» (Filipenses 1:29), recuerda que Dios no desperdicia el dolor.

“Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca.” 1 Pedro 5:10.